

HACE cosa de un par de años, Richard, un periodista norteamericano residente en Madrid, nos presentó a George y a Ellen, un matrimonio de su misma nacionalidad, personas ya muy mayores y simpaticísimas. De esos americanos que se quedan con uno y que, al rato de conocerles, es como si se les tratara de toda la vida.

PENSANDO EN DOLARES

George y Ellen son muy amigos de Richard, y su conocimiento de Liz, la mujer arranca curiosamente del difunto

Por VICTORIA ARMESTO

escritor Ernest Hemingway, que en paz descanse. Resulta que George ha sido amigo de Hemingway en el remoto tiempo en que éste actuaba como periodista en Italia y en España, le vio incluso escribir «Por quién doblan las campanas» y otras obras de tema ibérico, anduvo con él corriendo los sanfermines de Pamplona y, es más, había estado ya con Hemingway en el frente, cuando la guerra mundial.

A su vez la relación de Richard con el escritor se basa en que su padre está casado en segundas nupcias con la segunda mujer de Hemingway (con la segunda o con la primera, que no lo recuerdo muy bien) y así el hijo que tuvo Hemingway con esta señora resulta ser el hermanastro político de Richard.

—George y Ellen son las mejores personas del mundo —me explicó Richard—; suelen pasar el verano y el otoño en una casa campestre que poseen en el Estado de Vermont, un lugar muy hermoso y solitario, un lugar de nieve. Así, en invierno vienen regularmente a España porque, desde que la conoció en el tiempo de su amistad con Hemingway, España le ha robado el corazón.

Me explicaron también que ni George ni Ellen habían tenido hijos, que no eran ricos, si bien gozaban de una discreta posición nacida del hecho de que, hace unos treinta y tantos años, George escribió un libro que se alzó como un «best seller» americano y que sigue vendiéndose. También es autor de una biografía de Mussolini, muy celebrada y que lleva el título de «César de serrín». Debido a su bondad y candor, el matrimonio encaja dentro de lo que se ha denominado: «innocence abroad», inocentes en el extranjero. Sus jornadas madrileñas transcurrían divididas entre el Museo del Prado y el bar de Chicote, en donde eran ya muy conocidos y donde tenían un amigo al que adoraban, «don Vicente». También se relacionaban amablemente con algunas de las señoritas del «katerne».

De regreso de sus lares, y ya en el mes de noviembre, cuando nos reencontramos, yo le pregunté a George:

—¿Qué encuentran muy cambiada España?

George me dijo que me daría una respuesta por escrito y, en efecto, me entregó dos folios a máquina con el encargo de que no los perdiese, ya que proyectaba enviar una copia de este original a ciertos amigos de América.

Inicia sus impresiones hablando del Museo del Prado: «El sólo merece un viaje a España: Goya, el Greco, Hieronymus Bosch, que los españoles llaman «el Bosco»... Nadie puede medir la grandeza de Goya sino ha contemplado los «Goyas negros» de sus últimos años... ¿Y en qué otro museo del mundo se pueden encontrar tres salas llenas de Grecos? ¿Y dónde las grandes obras del Bosco?».

No obstante, George se queja de que el Museo del Prado, símbolo elocuente de la espiral de los precios, donde la entrada costaba hace cuatro años 14 centavos de dólar, y hace dos años 28 centavos de dólar, hoy cuesta 50 pesetas, o sea 85 centavos y, a la vez, se han suprimido las gratas jornadas de libre admisión.

«No sólo es malo que se hayan triplicado los precios en España —explica George—, sino que a la vez se ha depreciado el dólar y, entre una cosa y otra, todo nos cuesta el cincuenta por ciento más que hace dos años, si bien es cierto que entonces vivir en Es-

paña resultaba más barato que vivir en nuestro país».

«¡Alas —se duele por el paraíso perdido— the last paradise on earth is now gone!».

Como es lógico, dado que lo frecuentan tan asiduamente, George me habla de lo que pasa en «Chicote». También allí han subido los precios. ¿Dónde están los «martinis» de 32 centavos? Ahora cuestan 80 y asimismo el «medio» whisky ha duplicado o triplicado hasta alcanzar la cota de un dólar y 15 centavos. También ha notado muchos cambios y determinadas ausencias entre las señoritas que frecuentaban el bar por las tardes. María de la Cruz —me notifica— murió de cáncer; Monique regresó a París. ¿Y dónde está Teresa? Ya no se la ve. Describe a estas muchachas:

«Eran inteligentes, interesantes; más que a las chicas de bar americanas a mí me recordaban a las «geishas» japonesas».

«Y sus relaciones con la clientela masculina —añade— también se regían siguiendo el exótico módulo japonés».

Valdría la pena —pienso yo— profundizar en el extraño parecido, pero quizás nos llevaría mucho tiempo.

—oOo—
Me gusta mucho la forma en que George define al pueblo español: «el más gentil de Europa, sino del mundo». Traza luego George unas consideraciones políticas que en pocas semanas se han quedado rápidamente anticuadas debido a la reciente tragedia y que, de cualquier forma, no resultarían pertinentes para repetidas y más ahora que hay que escribir corto por la falta de papel.

En resumen George aconseja a sus amigos americanos:

«Si se piensa en un viaje turístico, España es aún lo mejor; para nosotros ya es muy cara como estación de invierno. No obstante, aún es más barata que ningún otro país, incluyendo el nuestro. Y el pueblo español es el más amable del mundo. No hay peligro de que le roben a uno los taxistas o los mercaderes, excepto en Mallorca, que es caso aparte y donde ya lo hacían hace cincuenta años...»

Concluyó el proceso contra 28 «mafiosos», en Catanzaro

Veinticuatro absoluciones «por falta de pruebas»

CATANZARO (Italia), 28. — Con veinticuatro absoluciones «por falta de pruebas» ha concluido hoy en Catanzaro el proceso de apelación contra veintiocho presuntos mafiosos, acusados de asociación para delinquir y cometer extorsiones y otros delitos.

Los veintiocho procesados, juntamente con otros ocho, ya fallecidos, habían sido reconocidos culpables en primera instancia de las imputaciones hoy retiradas.

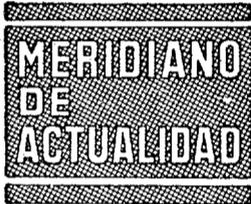
Tres de los cuatro condenados, en cambio, han sido reconocidos «mafiosos», por lo que el tribunal aumentó a cada uno de ellos dos años de pena, además de la condena que les había sido impuesta en la primera instancia.

Los veredictos de culpabilidad recayeron sobre Paolo Bontade, condenado a seis años de reclusión; Tomasso Buscetta, a cinco años; Ietro Torretta, a 29 años, y Rosario Mancino, a seis. — (EFE).

EL TERCER OJO

Por CARLOS GARCIA BAYON

DESCARTES, todo neoclásico y cartesiano, afirmaba que el tercer ojo del hombre residía en la glándula pineal. Del Tercer Ojo viene hablando el Sat Guru, Gran Maestro de la Luz Divina que misiona su doctrina por los caminos de España. Con este Tercer Ojo que pontifica el mesías indio se logra la sabiduría para ver a Dios. ¿Qué Dios será ese que los hombres pueden profanar con su visión inmediata, que pueden sobar y manchar con la mirada? Jehová se resistía a los ojos humanos; y quien osaba alzarlos a su rostro, parecía instantáneamente. Incluso era tabú su nombre y había que invocarlo con circunloquios, con metáforas o seudónimos. Es posible que ahora los dioses permitan estas confianzas, o no tengan más remedio que aceptarlas. De aquellas violentas divinidades que habitaban el fuego y el trueno, que esgrimían amenazante el brazo telúrico, que abrían la espita de su cólera sobre los pecadores, ya nada queda. Incluso se ha dicho que Dios ha muerto. Lo cierto es que a fuerza de sinodos mansuetos, de doctrinas «progres», de fraudes místicos, de prisas por demostrar quién es más vanguardista y de largartos al sol, se ha desalojado a los dioses de sus peanas, se les ha obligado a bajar al ágora y allí, quien más, quien menos, confiados, les pasan la mano por el hombro y les convidan a un «cuba libre». Nada de extraño, pues, que la divinidad que misiona el Sat Guru consienta que los hombres le vean, y aún le palpen, y aún traten de averiguar si lleva en el bolsillo una fotografía de Brigitte Bardot.



El Sat Guru, venido de la India, de una aldeilla que baña el sagrado Ganges, no es un Enviado como los clásicos, como aquellos que de tiempo en tiempo arrojaban a la Historia los desiertos, las selvas o el misterio. Sat Guru, con sus dieciséis años, un clavel en la mano, barbilampiño luna llena, bajo y obeso, blando y pausado, ofrece más estampa de mancebo de ultramarinos que de mesías. Sus ojos monóglicos apenas perceptibles entre la gelatina de los párpados, su pelo liso, grasiento y feble, su perigallo mantecoso y sus piernas cortas, son los argumentos biológicos menos idóneos para ilustrar cualquier parusia. La Historia Universal siempre nos ha ofrecido ejemplares muy distintos, altos o barbados, estallantes de fuego, resecos, caminantes, indigentes, taumaturgos, sin mencionar jamás la glándula pineal. Para mí —y soy un don Nadie—,

el Sat Guru, como tantos otros mesías divinos o laicos que circulan entre la concertada devoción del esnobismo ecuménico, es un producto más de la sociedad de consumo, un producto de la contracultura, y hasta estoy por decir del fraude y la corrupción, un producto bien manipulado y comercializado por los ejecutivos. Y como todos los productos elaborados por el industrialismo, frágil y fungible, con lo que, a la vuelta de la esquina, sólo será heno de las eras.

Pero, mientras, el Sat Guru posee en Londres una residencia de lujo; viaja con la fastuosidad de los antiguos maharajás; habita en sus correrías los hoteles más conspicuos de la guía Michelin, y de cuando en cuando, aconsejado por los managers, también habla a los fieles. La primera condición de su doctrina es el yoga, la férrea concentración. En España, el único yoga ejercido por la stirpe es, según Cela, la siesta estival. Acostumbrados a semejante disipación, el yoga indio nos cae un poco a trasmano. Tenemos, como decía M. Machado, el alma de nardo del árabe español, y los esfuerzos para zambullirnos dentro de nosotros mismos resultan inútiles y cómicos. El celtibérico únicamente conoce dos fruiciones existenciales: o el sueño o el motín de Esquilache. El Sat Guru y sus mahatmas andan los resabiados caminos de España hablando de la percepción de Dios, de la Luz, del Amor, del Tercer Ojo. De vez en vez es posible que logren algún adepto, algún sistemesino, alguna neurovegetativa, algún fillsteo del «ancien régime», algún vivaivirgen. Pero aquí lo que interesan son las elecciones municipales, los desplantes de Lola Flores, los capítulos de «Simplemente María» y las quinielas. En España no creo que saque el Sat Guru ni para vicios. Aunque es posible que eso del Tercer Ojo...

Efectivamente, es español, ávido y subdesarrollado; siente que no le basta el par de pupilas que posee. Del español se podría decir lo que Nietzsche afirmaba de los italianos, que masticamos con los ojos. Ahora que empezamos a promocionarnos, ¿qué son dos ojos para el gran festín que ofrenda el consumismo? Con un tercer globo ocular, pero real y verdadero, pleno y potente, ansioso de luz y formas, intrépido y acuclante, podríamos permitirnos el gozo de unas sabidurías y sibirismos que hasta ahora, por beatos y nacionalistas, jamás hemos disfrutado. Pero me temo que el secreto de ese ojo que tan buenos dividendos rentúa al Sat Guru, sólo esté al servicio de su personal higiene financiera. En cierta manera, más vale así. Las grandezas siempre nos han costado muy caras. ¡Hay que ver las quebras que significaron para nosotros el descubrimiento de América, el Imperio, el considerarnos pueblo elegido...!

NUEVOS BILLETES DE 500 PESETAS



PERICH